

A propósito de los Oscar

WOODY ALLEN, UN CLARINETE QUE SE MARGINA

DIEGO GALAN

como un juez perfecto que no entra ni sale en la cuestión.

Nada mejor, por tanto, para que todo el festejo tenga sus piezas bien encajadas, que la conducta de Woody Allen, ese espléndido actor y genial humorista que ha sido sorprendido con la entrega de cuatro Oscar a su película "Annie Hall": mejor película, mejor director, mejor guionista y mejor actriz (Diane Keaton, que, indiscutiblemente, realiza un trabajo mucho más complejo y apasionante en "Buscando al señor Goodbar"; aun no siendo nada despreciable su actuación en "Annie Hall", parece claro, comparando sus dos intervenciones, que citarla por "Annie Hall" es una forma de promocionar aún más esta película). Woody Allen no acudió a Los Angeles; se encontraba en un bar de Manhattan, como todos los lunes, dice, tocando el clarinete. Un rechazo al premio, que el productor de "Annie Hall" se apresó a aclarar que nada tenía que ver con el que, por ejemplo, Marlon Brando hiciera hace unos años. Allen "es así": le molesta ver mucha gente reunida.

Todo justo, todo perfecto: su escandalillo, su explicación racional y, al tiempo, la continuación publicitaria del personaje interpretado por Woody Allen en las películas dirigidas por él, o al menos en las que él mismo se ha utilizado como personaje principal. Hollywood ya no sorprende, pero hay que reconocer la inteligencia de sus montajes.

Lo que en nada afecta al carácter particular de las películas de Allen ni a su talento como actor (compromisible una vez más en la excelente "The front", de Martin Ritt, que ha pasado sin pena ni gloria por las pantallas españolas). El clarinete de los lunes de Woody Allen es coherente con cuanto ha venido explicando en sus películas; es coherente con su propia vida, con esas películas en las que ha intentado explicarse. Concretamente, con "Toma el dinero y corre" y "Annie Hall", primera y última de las dirigidas por él, y las dos en las que más acertadamente expuso la angustia y la marginación provocadas por la cultura occidental, por el sistema de vida americano.

Esta estética, y su condición de judío (consecuencia una de la otra), le emparentan con Chaplin, Groucho, Jerry Lewis...; el marginado que intenta obtener un papel en el engranaje social y que jamás llegará a conseguirlo. En esa búsqueda, el humor judío irá desmontando los valores sobre los que se asienta esa sociedad envidiada, y surgirá la espléndida contradicción de despreciar con lucidez lo que, sin embargo, resulta irresistible: "No hay más que una cosa lamentable en la vida, y es no ser otro".

Hombre culto y vital, Woody Allen sabe ahora que nada de lo que le prometió esa fascinante sociedad autoconsiderada como perfecta, es

verdad. Una sociedad que provoca la enfermedad y la forma de curarla (el psicoanálisis, el que Woody Allen dedica gran parte de sus ironías), el estímulo sexual y su represión, las guerras y los organismos para defender la paz, el afán de aprender y los resortes que impiden aplicar lo aprendido. "Acabar de una vez por todas con la cultura" (título de uno de sus libros) es la gran consigna de Allen: como ya lo fuera de Groucho Marx. Y en lugar de esa cultura, un afán más primitivo y humano, que no oculta una cierta tristeza: "un intenso deseo de volver al útero... de cualquiera".

En "Annie Hall", Woody Allen no duda en plantear esa trayectoria suya en primer plano. El mismo comienza explicándose ante la cámara y en algún momento de la película enseña cómo rueda lo que acaba de ocurrirle en la vida real. Una obsesión continua: entenderse a sí mismo como síntoma de una degradación, de un fracaso. Y hacerlo a través de los mismos medios que ese fracaso le enseñó. Las películas de Woody Allen son de alguna manera como una prolongación del psicoanálisis, una catarsis o una sublimación de sus sueños, de sus frustraciones, sin que la narración en primera persona limite su trabajo al autobombo ombliguero. El talento de Woody Allen consiste en combinar esa narración de protagonista con una feroz denuncia del entorno: "Quise ser agente del FBI, pero se necesitaba un metro ochenta de estatura y veinte sobre veinte de vista... Ahora he decidido convertirme en un gran criminal, pero esto requiere también un metro ochenta de estatura y veinte sobre veinte de vista". La escasa estatura, la miopía, la timidez, la sexualidad reprimida, las obsesiones de grandeza, los libros leídos, la impaciencia, los fracasos y los escasos logros, la inseguridad y la amargura son elementos vivos con los que Allen, sin tener compasión para sí mismo, dinamita el mundo en que se encuentra. No deja títere con cabeza, y en este sentido, su escepticismo le lleva a no respetar políticamente a nadie: la ambigüedad de definición política resultante lleva a muchos a despreciar a Allen, entendiendo que esa ambigüedad a través de las películas de Hollywood se convierte en un alegato reaccionario. Su película "Bananas" vendría a ser una clara definición de este punto.

Es lógico pensar, pues, que, para algunos consejeros de la Academia hollywoodense, el peligro que pueda representar el terremoto Allen sea más asimilable que otros, quizá de menor talento, de menor brillantez, pero más concretos en sus posturas políticas. El premio se compromete, por tanto, menos, y al tiempo hace suya la protesta desesperada de ese judío bajito que odia cuanto le rodea y toca puntualmente el clarinete todos los lunes por la noche. Le den o no un Oscar. ■



Allen: un judío bajito que odia cuanto le rodea.

EL mundo de los Oscar tiene una liturgia eterna e imprescindible: si cada año las productoras se autopremian en un reparto sereno y equitativo (United Artists, la Warner, y este año, la Fox), de modo que todas ellas puedan promocionar sus películas y beneficiarse de los ingresos automáticos que suponen la concesión de los Oscar, la entrega de los premios supone, inevitablemente, una nueva forma de llamar la atención sobre los mismos. Los rechazos que en años anteriores han protagonizado algunos actores, los pequeños discursos imprevisibles que han distorsionado teóricamente la brillantez de la fiesta (este año, Vanessa Redgrave despreció a los manifestantes que en la puerta del local donde se celebraba la ceremonia protestaban por su intervención en una película sobre los palestinos. La Redgrave comparó a los manifestantes con Nixon y McCarthy, siendo a su vez contestada por Paddy Chayeski, el horrendo guionista de la no menos horrenda película "Network", premiada el año anterior, quien, como es usual en estas fiestas de los Oscar, presentó a ese personajillo de la reacción encarado de protestar porque se politicen ceremonias tan "cinematográficas").

La política, sin embargo, está siempre presente en la concesión de los Oscar. De un lado, las películas elegidas suelen tener un equilibrio pensadísimo de forma que se culden los dos aspectos comerciales del actual cine de Hollywood: el gran espectáculo ("La guerra de las galaxias", por ejemplo), y el cine de mayor definición política ("Julia", o "Madame Rosa", como mejor película extranjera). De otro lado, ese oportunismo tiene una prolongación en los "escándalos" de cada año, de forma y manera que aun premiando películas de clara significación política, la industria de Hollywood se mantenga al margen